

Manuel de Tuya

Introducción y escenario. Mt 5,1-2

El sermón de la Montaña está encuadrado con un fuerte proceso lógico por Mt en el esquema de su evangelio. Una vez que presentó la línea genealógica de; Cristo y su concepción virginal, la preparación a su venida por el Bautista y la «consagración» pública del Mesías doliente del «Sierva de Yahvé» en el bautismo y la declaración de su mesianismo espiritual en las «tentaciones» ahora que va a comenzar su obra mesiánica,, expone, en una agrupación no tanto cronológica como sistemática, la gran promulgación de su doctrina. Sintetiza y da un avance de su gran mensaje. Literariamente está redactado con grandes hipérboles, tan del gusto oriental, pero que, de no ser valoradas en su justa medida, llevarían a grandes errores de interpretación.

La sistematización se, ve, porque partes del mismo aparecen situadas por otros evangelistas en otros contextos, a veces históricos. En Mt es un caso de contexto lógico. Es una sistematización previa de una parte de la doctrina moral de Cristo.

Los Padres han notado el paralelismo entre este discurso, que puede considerarse como la «carta magna» del cristianismo y como una promulgación de su ley, pronunciado o agrupado por Mt en la predicación que Cristo hace en el monte, y la montaña del Sinaí, en la cual se promulgó la antigua ley. Aparte del hecho histórico, Mt ha sabido agrupar aquí este programa más completo, sugiriendo así, probablemente, la analogía sustitutiva de aquella promulgación.

Mt sitúa el escenario de este discurso de Cristo así: Ve una gran muchedumbre de aquellas que le seguían frecuentemente, después que se extendió su fama por toda la región—lo que hace ver que este discurso no fue pronunciado en los mismos comienzos de su vida pública—, y subiendo a un monte, después de sentarse, se le acercaron sus discípulos. El hecho de sentarse para hablar supone intimidad y un círculo reducido; sería impropio sentarse y «acercársele» sus discípulos, lo que era casi rodearle, para dirigirse a hablar a una turba distante y numerosa. Supone esto que, en alguna fase del discurso, Jesucristo habló al círculo de sus discípulos, aunque en otras partes se dirigió a la muchedumbre. Esta introducción de situación no presentaría especial dificultad si no apareciese en abierta divergencia con el pasaje paralelo de Lc. La divergencia es que, en un relato, Jesús, para este discurso, «subió» (Mt; cf. Mc) a un monte, mientras que en Lucas, para este discurso, «bajó» de un monte. Pero esta divergencia puede explicarse por una diversa perspectiva en sus procedimientos redaccionales. Lc sitúa a Cristo en la noche, en la montaña, y, luego de elegir los apóstoles, «bajó» para predicar a las turbas. Mt, en cambio, que no introduce la escena como Lc, y que sólo trazó un cuadro de Cristo recorriendo y evangelizando Galilea, para introducir y situar la escena, tiene que decir explícitamente en su perspectiva literaria lo que Lc, por otra parte, supone: que para tener una parte de esta oración con los discípulos, en la montaña, «subió» a ella.

Jesucristo pronunció parte de este sermón sólo a los discípulos. A las turbas seguramente les predica en la llanura. Pero en el procedimiento redaccional, como es ordinario en los evangelios, no se distingue literariamente la situación geográfica de las diversas partes del discurso. Y así yuxtapuestas, máxime agrupados e incrustados temas pronunciados en otras ocasiones—contexto lógico—, quedan ahora literariamente en un mismo plano de redacción.

La montaña escenario del sermón de la Montaña, de lo que se desprende de los relatos evangélicos, debe de hallarse situada cercana a Cafarnaúm (Mt 8,1.5; Lc 7,1). La tradición, que se remonta al siglo IV, sitúa esta escena en las laderas de la colina junto al Tabgha, de 250 metros de altura, con superficie aproximada de un kilómetro, y a tres de Cafarnaúm.

Rodeado de discípulos y sus apóstoles recién elegidos como tales (Lc), y «abriendo su boca, les enseñaba diciendo...» Esta fórmula, de estructura marcadamente semita, no quiere indicar, de suyo, una especial solemnidad (Job 33,1; 33,2; Act 8,35), pero puede querer indicarse con ello un discurso de cierta extensión y, sobre todo, de importancia (Sal 78,1.2).

Las bienaventuranzas Mt 5,3-12 (Lc 6,20-23)

Las bienaventuranzas; aparecen, aunque no con el mismo número, relatadas por Mt Lc. El relato de Mt tiene un número mayor. No se trata aquí de estudiar el número posiblemente más reducido del evangelio arameico de Mt, sino el mismo número de bienaventuranzas en su redacción actual. Desde el punto de vista «oratorio», es creíble que Cristo hubiese utilizado más veces, pronunciado más bienaventuranzas que las transmitidas por Lc y Mt, ya que se prestaban como un recurso pedagógico excelente de predicación popular. En cuanto al número actual que éstas tienen en el evangelio de Mt, ¿cuántas son?

El tipo literario de las bienaventuranzas es un producto semita. En la Escritura aparece usado varias veces (Sal 1,1-3; 31,1; 41,2; Prov 3, 13; 8,34; Ecli 14,1; 28,2 etc.), lo mismo que en los escritos rabínicos. Las bienaventuranzas evangélicas aparecen rimadas al modo hebreo de hemistiquios. En el primero se señala una virtud, y en el segundo el premio correspondiente.

Pero, como recurso pedagógico de grafismo oriental, las bienaventuranzas no tienen una diferencia conceptual rigurosa. En el segundo hemistiquio, la i-t compensa es, en varias, la misma, aunque formulada con variación literaria; en otras se destaca el premio en relación conceptual-literaria con la virtud que se beatifica.

Por eso, teniendo en cuenta la afinidad conceptual de este procedimiento literario, no se puede pensar, para valorar su número, en una formulación diferencial específica. Ordinariamente se admiten ocho en Mt (v.3-10), ya que las que van en los versículos 11-12 se las considera como una prolongación o «duplicado» de la octava (v.10). Sin embargo, teniendo en cuenta, conforme a lo anteriormente indicado, no se puede exigir para su valoración numérica una diferenciación conceptual estricta, parece que el número de éstas es de nueve. Lo que también se causa fuertemente en la confrontación de las

bienaventuranzas entre Mt y Lc es que, en éste, la redacción de las mismas tiene una formulación más material, mientras que en Mt se destaca más el aspecto espiritualista de las mismas; lo mismo que en Mt se las formula ex tercera persona, v.gr., «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos...», dándoseles así una mayor universalidad, en Lc están referidas en segunda persona, v.gr., «Bienaventurados (vosotros) los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos». La formulación de Lc, en segunda persona, parece ser la forma primitiva. Ya que las bienaventuranzas debieron de ser dirigidas, en el «sermón del monte», a los apóstoles y discípulos, como se ve por Mt (5,1) y Lc (6,20). Por situación, Cristo está «sentado» y rodeado de los discípulos cuando pronuncia las bienaventuranzas, lo que excluye una gran multitud. Además, Lc resalta que para pronunciarlas «levanta los ojos sobre los discípulos». Pero la razón más decisiva es la bienaventuranza novena de Mt (v.11) y cuarta de Lc (v.23), en las cuales Jesucristo, después de beatificar las persecuciones, dice que se alegren, pues «así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros» (Mt). Pero, manifiestamente, aquí al decir los profetas perseguidos que «hubo antes de vosotros», y que se ponen como término de comparación, se refiere a los apóstoles y discípulos, que en su misión de «apóstoles» son los continuadores del anuncio profético del reino (Mt 10,41; 13,17; 23,34), y no a las turbas y pueblo que le oyen. Y hasta incluso Mt tiene un índice de esta formulación primitiva en el cambio de estilo en el v.11; «Bienaventurados seréis (vosotros) cuando os insulten... Alegraos (vosotros) y regocijaos...» Es, pues, la versión del Mt griego la que les da una formulación más impersonal, más universalista. También Lc parece conservar la forma primitiva aramaica en la formulación aparentemente más materialista de lo que beatifican las bienaventuranzas. Se diría que Lc beatifica, sin más, la «pobreza» material, y el «hambre», y el «llanto», etc. Es que Lc conserva las bienaventuranzas que transmite en su forma primitiva, escueta, oriental. En cambio, la versión griega de Mt tendrá un cuidado especial en matizar, explicar y destacar el sentido exacto y espiritualista con que han de proyectarse, para evitar, con esta mentalidad distinta, una posible interpretación materialista. Pero que la forma primitiva debe de ser la de Lc, se ve por la siguiente observación: «Si colocamos las bienaventuranzas una a una en versículos de dos dísticos, la construcción aparece uniforme; solamente parecen desarticular el paralelismo las palabras (de Mt) «de espíritu» (v.3), «a la justicia» (v.6), «por la justicia» (v. 10)». Y sabido es el valor decisivo que tiene la estructura del ritmo en la estilística semita.

PRIMERA BIENAVENTURANZA (Lc 6,20b)

La primera bienaventuranza de Mt tiene su correspondiente en el pasaje de Lc, ocupando en ambos evangelistas el primer lugar. Pero la formulación es distinta. Pues está redactada así: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt). ¿Cuál es la forma original? ¿La de Lc o la de Mt? Seguramente la de Lc. Dos razones llevan a ello: a) la estructura hebrea hace ver que los elementos que se encuentren en Mt «en espíritu» (v.3), «a la justicia» (v; t5, »por la justicia» (v.10), son adiciones del Mt griego, puesto que rompen el

«paralelismo» de la estructura en relación con las demás :bienaventuranzas, en las que, sin estas ((adiciones», el ritmo aparece uniforme; b) y también que, si Lc hubiese encontrado en el original las palabras de Jesús que tan acusadamente destacaban el sentido espiritual, 61 no lo hubiese omitido deliberadamente, dejándolas expuestas a una posible interpretación de tipo más material el sus lectores étnico-cristianos. Por otra parte la redacción de Lc tiene una formulación total-mente semita, su formulación tan escueta como realista, y en perfecto ritmo he uniformidad con las otras que refiere. Si Mt griego, «espiritualiza» estas expresiones primitivas, es para hacer ver a una mentalidad distinta que la beatificación, v.gr., la «pobreza», ha de Ser llevada con verdadero espíritu; o lo que es lo mismo, bienaventurada en el ambiente bíblico.

Tanto Mt como Lc utilizan la misma palabra griega para expresar el sujeto de esta bienaventuranza: «pobre» (ptojós). Pero esta palabra no evoca lo mismo a un griego que a un hombre familiarizado, con las nociones bíblicas. ¿Cuál es el, concepto bíblico que responde a esta traducción griega de «pobre.»?

Esta palabra; griega traduce al término hebreo 'ani y 'aniy-yim. La palabra designa, primeramente, en la legislación mosaica, a los que no poseáis tierras (Ex 22,24; Lev 19,10; 23,22). Naturalmente, eran las gentes Abres en el sentido material. Y, como consecuencia aneja a ello, gentes sin influencia social y desprovistas de apoyo, y frecuentemente gentes explotadas y humilladas. Aunque no sea este exclusivo aspecto que exprese aquí esta palabra, como proponen algunos autores. Pero de esta afinidad de conceptos sucedió el que sean tratados como sinónimos en el paralelismo poético y que los LXX traduzcan la palabra «pobre» o «humillado» indistintamente por las correspondientes griegas. De aquí la solicitud que por ellos muestran los profetas (Am 8,4; Is 3,14.15; 10,2; 14,32). Pero después del destierro babilónico, a la noción de «pobre» se le junta la de persona que confía en Yahvé. Y así vienen a aproximarse primero y a asimilarse después los conceptos de «pobre» y «piadoso», hasta venir a ser términos casi equivalentes. Así se lee: «Este pobre ('ani) clama a Yahvé, y le escucha y le salva de todas sus angustias. Acampa el Angel de Yahvé en derredor de los que le temen, y los salva del peligro» (Sal 34,7.8). «Yave, ¿quién es como tú, que libras al pobre ('ani) de aquel que es más fuerte que él, al pobre ('ani) y al miserable que le despoja?» (Sal 35,10). El concepto de «pobre», en este sentido bíblico, responde al término 'ani e incluye un pobre material, y, por lo mismo, frecuentemente un desvalido de apoyos sociales; pero en este concepto es fundamental el aspecto religioso que tiene: es un pobre miserable, pero que confía en Dios y a Él se vuelve pidiendo auxilio. Se diría: es un pobre, pero religioso. Cristo, al beatificar así la pobreza, no hace propiamente una innovación. Ya en el A.T. se había visto «beatificar» la pobreza, unas veces con hechos, v.gr., Saúl, David, etc., y también con promesas. En varios pasajes del A.T. se habla del agrado con que ve Dios la pobreza, hasta el punto de venir a tener una intervención a su favor, que cambia su suerte. No que se trate de una revolución social, sino de premios divinos al pobre confiado y piadoso. Pero lo que aquí aparece como inusitada novedad es que Cristo beatifica al

que libremente acepta su estado de pobreza, lo mismo que el premio que promete no son bienes temporales, sino el ingreso en su reino. Los rabinos alabaron a veces la simplicidad, la humildad. Pero no la pobreza voluntaria. Expresando el pensamiento de ellos sobre esto, se ha escrito por especialistas: «Según sentencia suya, ninguno de los males se puede equiparar al mal de la pobreza». Pero el pobre despegado de bienes y que confía en Dios, está moralmente preparado para su ingreso en el reino. Pues éste no será patrimonio exclusivo, como se pensaba, del rico, al valorar con mentalidad primitiva de la Vieja Ley los bienes y las riquezas como premio a la virtud, y la pobreza como castigo, sino que la pobreza entra en el plan de Dios, y la religiosidad que acompaña al pobre lo pone a las puertas del reino. Y con esta «bienaventuranza» se destaca también a Cristo como Mesías, al evocar el anuncio del reino—la «evangelización»—precisamente a los pobres y abatidos, conforme al anuncio de Isaías (61,1ss). Este pensamiento es destacado explícitamente por el mismo Mt en otro pasaje (Mt 11,2-6), lo mismo que lo hace Lc (7,18-23) cuando Cristo alude a sus milagros, que realizan la profecía de Isaías, prueba de que él es el Mesías. Y también presenta su nueva misión de Mesías. Que no piensan, conforme a las ideas del medio ambiente, en un Mesías que venga repartiendo a todos bienes riquezas materiales. En su reino, la pobreza va a existir. Pero ha que aceptarla libremente.

El premio que tendrán estos «pobres» es que de ellos «es» el reino. Esa pobreza, llevada con esa actitud religiosa, les lleva al premio el reino. ¿Cuándo? Si las bienaventuranzas se dirigen a los apóstoles y: discípulos, que ya han ingresado en el reino, se diría que se refiere este premio al reino en su fase definitiva y celeste. Pero los verbos que se usan para indicar el premio de las bienaventuranzas puestos unos en presente—«porque suyo es el reino de los cielos» -, y otros en futuro—«porque ellos verán a Dios»—, no puede utilizarse como argumento decisivo, ya que las bienaventuranzas pertenecen literariamente al estilo «sapiencial» o gnómico, y estos, verbos han de ser valorados en este estilo sapiencial, en donde; los tiempos cuentan menos que el contenido atemporal que encierran y donde la permuta de tiempos no afecta al concepto. Para la valoración de este punto en todas las bienaventuranzas hay que tener presentes tres elementos:

- a) El doble concepto que se usa en los evangelios sobre el «ingreso» en el reino. Unas veces ya aparece como presente y realizado otras, en cambio, aparece como futuro, por pensarse en su plena realización meritoria posterior.

- b) El sentido «moral» de adaptación universal que les da Mt.
- c) Que en algunas bienaventuranzas manifiestamente tienen un sentido «escatológico».

El contexto y estos principios podrán ser los que permitan valorarlas en cada caso.

SEGUNDA BIENAVENTURANZA

Esta bienaventuranza aparece en muchos códices griegos y versiones en tercer lugar; ponen antes la bienaventuranza de los que «lloran». Por ser el orden de la Vulgata, se la considera aquí. Esta bienaventuranza es propia de

Mt. Si originariamente estas bienaventuranzas estaban unidas no es fácil que fuesen luego desglosadas. Ni tampoco parece razón suficiente pensar en un «desdoblamiento» de la primera por su semejanza; con la misma. Pues es manifiesto que Mt intenta con ella expresar algo distinto de la primera. El porqué de esta oscilación de lugar en la tradición manuscrita acaso puede ser debido a un cierto ensayo de «aproximación». La formula así: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra». ¿Cuál es significado de esta bienaventuranza? El texto griego pone para su traducción una palabra (praeis) cuya raíz significa dulzura, mansedumbre. Si esta bienaventuranza perteneció, como parece por su estructura, al texto original, entonces es una traducción del aramaico. Pero el griego de los LXX traduce por esta misma palabra lo mismo ser «pobre», «ser miserable, etc. ('ani), que ser «manso» o «mansedumbre» ('anah). Por pura vía filológica no sería fácil venir a una conclusión precisa. Pero lo que puede orientar algo el significado de su contenido es, además del término griego usado, el que, indudablemente, Mt trata de expresar algo distinto de la bienaventuranza anterior de los «pobres», que traduce al griego por otro término. Por otra parte, esta bienaventuranza, en su forma literaria, es una citación textual del salmo 37,11. Este puede ser ya un elemento que más directamente oriente a la interpretación de la misma, por el encuadramiento de este pasaje en el contexto del salmo. El término hebreo que usa el salmo ('anawim), lo mismo puede significar «pobre», «miserable», que «manso». Y del contexto de este salmo (v.6a.7b.8a.b.14.32) se ve que no se trata de establecer sola-mente una contraposición de la providencia de Dios sobre el pobre y el rico, es decir, sobre la resignación del pobre frente a la prosperidad genérica de los ricos, sobre todo en sentido peyorativo, sino sobre el rico opresor y el pobre que lleva su suerte con resignación y paz: con «mansedumbre». Pero otro elemento que permite comprender el sentido de la palabra griega usada aquí es el contexto total del evangelio de Mt. Sólo Mt es el único de los evangelistas que habla de la «mansedumbres. Dos son los pasajes de su evangelio en los que usa esta misma palabra. Al describir la entrada mesiánica de Jesucristo en Jerusalén el día de Ramos evoca sobre este acontecimiento la profecía de Zacarías (9,9), que dice así: «Decid a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno... (Mt 21,5). En el otro pasaje, Jesucristo destaca que sus preceptos no son una carga como lo son los preceptos insoportables de los fariseos. Y concluye: «Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29). En los pasajes evangélicos citados, el sentido de esta palabra es, en el primero, la carencia de violencia—resignación—, y en el segundo, el de benevolencia y compasión. ¿Cuál sentido ha de prevalecer? Seguramente que estos pasajes evangélicos son los que han de interpretar mejor el sentido de la cita del salmo, ya que es la misma palabra, de un mismo autor, la que ha de valorar esa misma palabra en otro pasaje del mismo evangelio. Pero, además, «la práytes es esencialmente mansedumbre y modestia, teniendo una afinidad particular con la humildad, de una parte, y con la benignidad o la compasión, de otra. Es paciente y buena, tan enemiga de la cólera vengadora como del orgullo extremoso. Tenemos razón al decir que la

distancia no parece grande entre la bienaventuranza de los «mansos», al menos en la redacción griega de Mt, y la bienaventuranza de los «misericordiosos». Una y otra expresan una misma actitud de alma, fundamental, característica del espíritu de la nueva ley». Posiblemente la diferencia esté en que en la primera se beatifica la pobreza llevada libremente, y en ésta se beatifica ese pobre humillado, que no sólo lleva libremente su pobreza, sino que hay en él incluso una actitud de benevolencia hacia los demás, en lugar de una actitud de vida agria con los mismos, como reflejo de su estado interno. El premio que se le asigna a esta bienaventuranza es que los que la practiquen «poseerán la tierra». Palabras tomadas del mismo salmo y que es el que allí mismo se asigna a estos «pobres» (Sal 37,11; 9,22). Es un salmo en el que se plantea el problema de la «retribución». Con una repetición insistente se dice lo que es la brevedad de la vida y cómo el rico malvado pasa y es castigado, mientras que el «pobre» justo es premiado. Como término expresivo se le promete que «poseerá la tierra». Esta es Palestina. Lo que fue «promesa» de los patriarcas, fue el eterno ideal del judío piadoso. La Tierra Prometida vino a ser el «tipo» ideal del premio del reino de los cielos.

La palabra usada por Mt (kleronomésousen), «heredarán», no tiene de suyo el sentido de herencia por un legado de muerte. Puede también tener el simple significado de recibir algo por voluntad de alguno. Es sinónimo de poseer 10. En el salmo corresponde al verbo yarash, que significa igualmente ambas cosas. Por eso sólo se dice el hecho: «poseer». No el modo. Este lo descubre la revelación. Se poseerá precisamente por «herencia». Jesucristo es el «heredero» del reino, por ser Hijo de Dios; y los que posean el reino lo obtendrán por ser «coherederos» con él de ese reino (Rom 8,17). Como en la bienaventuranza anterior, dirigida ésta a los apóstoles y discípulos, que ya han ingresado en la fase terrena del reino, este premio se refiere a la fase escatológica y celeste del mismo. Sin olvidarse el valor de universalidad «moral» con que se «adapta» en Mt.

TERCERA BIENAVENTURANZA (Lc 6,21)

La tercera bienaventuranza de Mt, en la Vulgata, es conceptualmente común con Lc. Mt: «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados». El término de Mt (penthaúntes) indica, conforme a la ley oriental de los fuertes «contrastes», una angustia muy profunda del alma. Este dolor, sin matizar su naturaleza ni extensión, conforme al género sapiencial, es un dolor real. Es el dolor en la vida, como se ve por estar encuadrado en las demás bienaventuranzas, que tienen el sentido realista de su proceso en la vida de aquí. Conceptualmente no está muy lejos de la primera bienaventuranza de los «pobres». Si acaso esta última se diferencia de la otra como una especie o matiz dentro del género. Sin embargo, no se beatifica el «llanto» o «gran dolor» sin más. Si no tiene, en Mt, la «adición» de «en espíritu», se ha de suponer como encuadrada en un mismo contexto literario, y, por tanto, en una misma intención del autor. Es el «llanto», como recta actitud moral ante Dios y valorado ante Cristo

desde el punto de vista del reino, el tomar la cruz y negarse a sí mismo en vista de Cristo y de su reino, que es el tema general del sermón del Monte, y más especialmente del contexto literario. La perspectiva que Cristo abre ahora al «dolor» es nueva. En el A.T. se hablaba de la providencia de Dios que cambia el dolor en contento. Los judíos creían todavía en la época neotestamentaria que el dolor era efecto de pecados (Jn 9,2). Los paganos lo veían como efecto de una «fatalidad». El libro de Job ya había mostrado que el dolor tenía una visión de purificación y mérito. Pero ahora se eleva la mira del dolor como actitud ante el reino. Así enfocado, el «dolor» de la vida tiene un valor de premio en él. Posiblemente Mt griego le da este aspecto general «moral». Acaso primitivamente se refiriese a esos 'anawim de la primera bienaventuranza, como desecho de las gentes, castigo del pecado, y casi como indignos de ser partícipes del reino mesiánico. El premio que se asigna a los que llevan el «dolor» de su vida, así valorado, es que «serán consolados» (Mt). ¿Cuándo? Este premio se anuncia para «el cielo» (Mt v.12). Sin embargo, estas contraposiciones, con su valor «extremista», no son exclusivas. Si se presenta el premio en su fase final y definitiva, por razón del contraste, esto no excluye otro tipo, parcial y temporal—en esperanza—, de premios, como da a suponer aquí mismo Mt (5,12).

Con esta bienaventuranza, en la que beatifica el «dolor en función del reino» (Mt 3,11; Lc v.20.28), aparece Cristo proclamándose Mesías, al cumplir así la profecía de Isaías. Del Mesías profetizó Isaías que tendría, entre otras misiones, consolar a los tristes (Is 61,3ss). Precisamente el Mesías era llamado «la Consolación de Israel» (Lc 2,25), y también «el Consolador» (Menahém). Esta coincidencia literal del texto de Mt con la versión griega de los LXX de este pasaje de Isaías seguramente no es fortuita, ya que Mt evoca varias veces a Isaías en su evangelio como prueba de que Cristo cumple los vaticinios mesiánicos de aquél.

CUARTA BIENAVENTURANZA (Lc 6,21a)

Mt: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados».

Mt, siguiendo un procedimiento bien acusado en su cuadro de las bienaventuranzas, «adiciona» algo, no tanto para modificar el sentido original cuanto para evitar posibles desviaciones en su recta interpretación. La frase más completa de Mt, que añade al «hambre» el complemento de «sed», con relación a Lc, en nada modifica el sentido. Es un complemento semita de la primera expresión (Is 49,10; Am 8,11). En su original aramaico, probablemente era la formulación de esta bienaventuranza muy semejante a la de Lc, como se ve porque en la redacción actual, con las «adiciones» indicadas, se rompe el ritmo semita de su estructura. Pero en la redacción actual del Mt griego la redacción literaria de la misma parece que cambia, aun-que conservando su contenido original, al tiempo que es profundizado, al pasarse de la beatificación del «hambre» material al sentido metafórico del hambre y sed. El cambio literario queda modificado a causa de la adición intencionada: de

Mt griego, de «a la justicia» (τὴν δικαιοσύνην). Esta construcción es, gramaticalmente, el acusativo, complemento directo del sujeto, que es participio verbal de presente, de los que tienen «hambre y sed». Traduciendo materialmente estos participios es como se a, acusa mejor el valor de complemento que tiene «a la justicia». Bienaventurados son, o serán, «los hambreados y los sedientos de la justicia». Esta construcción gramatical postula dar a esta «hambre y sed» un sentido metafórico, el cual es, ambientalmente, posible (Sal 42,3; 63,21; Ecl 24,29, etc.).

Así, su sentido metafórico es el siguiente: Bienaventurados los que ansiar grandemente la justicia de Dios en orden al reino. No se beatifica aquí el que se desee que Dios intervenga realizando su obra de «justicia», de Dios justiciero, en la tierra, sino que lo que se beatifica es la actitud moral del alma que desea ansiosamente incorporarse a los planes de Dios: a su «justicia». Es éste el concepto que se desprende de todo el sermón de la Montaña. Nada está tan cerca del pensamiento de esta bienaventuranza como lo que el mismo Jesucristo dice aquí mismo: «Buscad el reino y su justicia» (Mt 6,3). Esta «justicia» incluida en el concepto de reino es todo lo que hace al hombre justo, porque es el cumplimiento de la voluntad divina. Pero «buscar el reino y su justicia» es equivalente a «tener hambre y sed de (esta) justicia». Y «buscar» o «tener hambre» de ella es desearla y buscarla por medio de una conducta, que es: de unas disposiciones morales convenientes para lograr esto. Por eso, el concepto de, «justicia», en esta bienaventuranza, orienta más al ansia de tener estas disposiciones morales convenientes en función del reino que a una interpretación de una intervención justiciera de Dios. (El tema evocado por la expresión y el contexto del sermón no nos orienta hacia la idea de una justicia que Dios hace, sino más bien hacia aquella justicia que se esfuerza en adquirir a los ojos de Dios cumpliendo su voluntad». Y es así como esta «justicia» viene al ser aquella de la que, en este mismo discurso, dice Cristo: que «si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5,20). «La justicia en la cual piensa el evangelista es una justicia moral hecha del conjunto de obras cristianas». Mas no porque Mt griego dé esta interpretación moral a la formulación original de la bienaventuranza desvirtúa su contenido, sino que la precisa e interpreta al proyectarla en un plano más densamente espiritual. Si la bienaventuranza arameica de Mt era equivalente a la actual de Lc, no era una beatificación de los «hambrientos» al margen de un enfoque religioso y mesiánico, ya que ante esta perspectiva es donde tendrá justificación ese cambio de situaciones. Por eso, al transformar Mt griego la formulación material de la bienaventuranza en metafórica, la transforma en espiritual. Y con ello destaca que, si la simple «hambre y sed», valoradas en función mesiánica, habían de tener un día por premio el de bienes mesiánicos, «ser saciados» no hace otra cosa que, conservando el valor fundamental de la bienaventuranza arameica, potencializar ahora el espíritu y el contenido virtual de la misma. Y con ello presentar a un tiempo el profundo contenido espiritual y el sentido moral y mesiánico que va en el propósito de su evangelio.

El premio asignado a estos «hambrientos» es que, en contra-posición de esa «hambre y sed» de ahora (Le), luego, en su fase ce-leste, como término de

la contraposición establecida, serán «sacia-dos». El término griego es originariamente de un fuerte grafismo. No es sólo el quitar el hambre, sino henchir y saturar con algo: «saciar» (jortasthésontai).

QUINTA BIENAVENTURANZA

Esta bienaventuranza es propia de Mt; no tiene paralelo en Le. Está formulada así: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos encontrarán misericordia».

Con la misma estructura que las otras, Mt transmite esta bienaventuranza sobre la «misericordia». Los que sean «misericordiosos» obtendrán, a su vez, como premio el que se los recibirá «misericordiosamente». Pero lo que interesa precisar es cómo ha de ser esta misericordia y cuándo se recibirá el premio prometido.

La formulación de esta bienaventuranza aparece con un valor absoluto y universal. Sin embargo, no bastaría esto, ya que es una formulación «sapiencial», que podría tener restricciones y matices. Lo primero que se ve en la beatificación de estos «misericordiosos» es que no se trata de beatificar, sin más, un temperamento sensible y sólo humanamente compasivo, ni de beatificar una sola misericordia afectiva y no efectiva en la medida de lo posible, como se ve encuadrándole en el contexto literario de todo el sermón del Monte. Es una misericordia que está en función del «mesianismo» y la conquista del reino, como lo exige su encuadramiento en el contexto.

Tratando de valorar el término de «misericordia» que aquí se beatifica, lo mejor es contrastarlo con otros pasajes neotestamentaria, sobre todo del mismo Mt. Y de éstos se deducen dos sentidos:

a) Perdonar ofensas (Mt 9,13; 12,17; 18,33; 23,23). b) Pero tan Retén la «misericordia» en Mt reviste una amplitud mayor. Así, dos ciegos piden al Señor que les cure, y el término que para ello usa Mt es precisamente éste: eleémones (Mt 9,27; 20,30.31), lo mismo que la mujer cananea, para pedir que cure a su hija, le pide que tenga «misericordia» (Mt 15,22). Este segundo concepto, que amplía el primero, hace ver que Mt no reduce el concepto de misericordia, sino que tiene en él el valor ordinario de hacer el bien a todo necesitado.

Formulada esta bienaventuranza en tono «sapiencial», evita decir la medida en que se ha de practicar la «misericordia» para obtener, el premio a ella prometido. Se leía en los Proverbios (17,5): «El que tiene compasión encontrará misericordia».

El pensamiento, pues, de esta bienaventuranza es solo afirmar la excelencia y necesidad de la misericordia para que Dios tenga misericordia. Pero ésta, por parte de Dios, siempre será un secreto y un exceso sobre lo que el hombre ejecuta. Si algo puede sugerir sobre esta amplia proporción, o desproporción, entre la misericordia del hombre y la de Dios, son aquellas palabras del mismo Cristo: «Con la medida con que midiereis se os medirá». Esta «misericordia» que Cristo promete a los misericordiosos, ¿para qué momento se promete? En el contexto literario de Mt esta promesa tiene un valor escatológico. Algunas bienaventuranzas de Mt tienen un sentido «escatológico». Acaso, originariamente, fuera el sentido preferente de todas, lo que incluía el ingreso de la fase temporal del mismo. En varias de ellas

(v.3.8.10.12) se promete explícitamente el premio para el cielo. Es, pues, la promesa de obtener la gran misericordia» del ingreso definitivo en el reino. La gran novedad de esta bienaventuranza de Cristo está en prometer la gran misericordia del reino en su ingreso final —fase celeste— a los que aquí han practicado la misericordia. Pero para los que la han practicado con todos los hombres. Los rabinos sólo defendían la beneficencia con el «prójimo», que era el judío. Los rabinos defendían, como norma general, que la misericordia no era de ni al «pueblo de la tierra» ni los gentiles. Pero ahora se beatifica la misericordia en su sentido ancho y pleno, a toda persona, pero hecha en función del reino y como precepto de la misma ley. «La bienaventuranza de los misericordiosos aparece así como la expresión de la exigencia moral. Mateo se para especialmente a considerar el aspecto moral de la enseñanza de Jesús; es él quien parece haber introducido este aspecto en la bienaventuranzas. Las bienaventuranzas del primer evangelio no se contentan con anunciar la buena nueva de la venida del reino; presentan el reino como la recompensa prometida a aquellos que practicasen en su vida las exigencias de la Ley nueva, más profundas que las de la Ley judía»

SEXTA BIENAVENTURANZA

También esta sexta bienaventuranza es exclusiva de Mt. La formula así: «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios». La formulación literaria de esta bienaventuranza está hecha con un vocabulario «legal», «ritual» del culto. Literariamente, los «puros» evocan aquellos que tienen en su culto la «pureza» cultural. Algún pasaje del A.T. sitúa bien este vocabulario. «¿Quién subirá al monte de Yahvé (para verle así) y se estará en su lugar santo? El de limpias manos y puro corazón» (Sal 24,3.4).

La psicología hebrea usa indistintamente las palabras corazón y espíritu. Así, con puros «de corazón» se indica la voluntad—la persona—como principio responsable de la actividad moral. Sin embargo, estas expresiones en el A.T. no tienen un simple valor «legal», como si esta «pureza» no fuese más que el cumplimiento «jurídico» y materialista de lo culturalmente preceptuado, sino que, al poner «de corazón» u otras formas equivalentes, hacen ver que se resalta la autenticidad moral.

Esto mismo se incluye «a fortiori» en el propósito evangélico de Mt, que destaca el valor especialmente moral de las bienaventuranzas y de su evangelio «antifarisaico».

En este destacar, en este caso de la «pureza», el valor moral de la conducta de los «puros de corazón», se ve un contraste y un marcado intento de hacer ver cómo la conducta cristiana tiene que superar la moral «farisaica», la cual, a fuerza de prescripciones legales y purificaciones, vino a degenerar en un ritualismo infértil y materialista. Aquí mismo, en el sermón del Monte, recoge el mismo Mt estas palabras de Jesucristo: Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». El gran comentario a esta bienaventuranza se lee en el mismo evangelio de Mt. Las palabras de Cristo al censurar la hipocresía farisaica, son sobre su porte exterior de «justos» y su interior de pecado (Mt 23,25-28).

El premio que se les asigna es que estos «puros de corazón», que tienen la verdadera rectitud moral en su conducta, «verán a Dios». En el A.T., ver a Dios, «ver la faz de Yahvé», significa: a) Estar presente en el templo, donde él mora, asistir a las solemnidades litúrgicas. Así se dice: «Mi alma deseó al Dios fuerte, vivo. ¿Cuán-do vendré y me presentaré ante tu faz?» (el templo) (Sal 42,3; 36,9.10). b) Otras veces, «ver la faz de Dios» es experimentar la benevolencia divina, ser sacado de una situación difícil (Sal 31,17; 13,1; 31,13). La formulación de la promesa de esta bienaventuranza se encuentra en el vocabulario del A.T. «Los rectos verán su benigna faz» (de Dios) (Sal 11,7.b).

Si, por fórmula, la expresión de la bienaventuranza está más próxima al primer tipo de ver la «faz de Dios»—templo del cielo, por contenido rebasa el concepto del A.T., pues las bienaventuranzas tienen en Mt un sentido de premio escatológico en el cielo. El mismo Mt habla de los ángeles tutelares de los niños, los cuales «en el cielo ven siempre la faz de (mi) Padre» (Mt 18, 10).

Un pasaje del Apocalipsis evoca bien, con la fórmula del elemento cultural, el contenido profundo de ella: «El trono de Dios y del Cordero será erigido en la ciudad, y sus servidores le rendirán culto, y verán su faz» (Apoc 22,3.4; cf. 4,2-11).

Es claro que, en el contexto de las bienaventuranzas, «ver a Dios» no significa simplemente presentarse ante Dios en el templo de Jerusalén. Se trata ahora de la felicidad del reino, evocada bajo la forma de una participación en el culto que en el cielo se rinde ante Dios. En el templo del A.T., para ingresar en él había que estar legalmente «puros»; de igual modo, para ingresar en el santuario del N.T., en el cielo, y gozar de la «faz de Dios», hay que estar espiritual y moralmente puros. Teniendo en cuenta que, en la perspectiva de Mt, el premio de las bienaventuranzas es escatológico, en el cielo, este premio es el gozo de Dios. Es lo que San Pablo enseña al decir que se verá a Dios «facie ad faciem» (1 Cor 13,12).

SÉPTIMA BIENAVENTURANZA

También esta séptima bienaventuranza es propia de Mt: «Bienaventurados los hacedores de la paz (eirenopoioí), porque serán llamados hijos de Dios». No se beatifica, como se ve por el texto, a los que tienen paz, y no se habla de una simple paz temperamental, sino de una paz, fruto religioso, en función del reino, sino que se beatifica a los «hacedores de paz». Supone, pues, esta bienaventuranza un sentido dinámico. Son los que actúan, los que se mueven en orden a establecer entre otros la paz. Así valorada esta bienaventuranza, habría que pensar que en su contenido se incluía a todo el que buscase difundir y exhortar la «justicia» del reino para que se obtuviese así, como fruto de ella, la «paz», lo mismo que el que por «oficio» lucha y debela la injusticia en función de obtenerse la paz del reino. Lemonnyer y otros, basándose en el salmo 82, creen que estos (obradores de la paz) son las autoridades y magistrados, que por (oficio) tienen la obligación de hacer respetar al derecho de los débiles. Pero esta hipótesis no es suficiente. Pues la «adaptación» de Mt le da un

sentido de universalidad, lo mismo que en las otras bienaventuranzas, al usar la tercera persona. Es el premio de estos «pacificadores» en función del reino. En los pasajes bíblicos en que sale este término tiene el sentido de reconciliación con los enemigos (Col 1,20; Ef 2,15.16; cf. Act 7,26). Lo mismo se ve en la literatura rabínica. Así interpretada esta bienaventuranza, vendría a estar próxima a la de Mt sobre los «misericordiosos»: sería especie de un género.

Aunque la portada es universal, se pensaría que estos «hacedores de la paz» son preferentemente, al menos en su sentido primitivo, si no exclusivamente, los «apóstoles», que tienen la misión de divulgar la «justicia» del reino, lo que traería consigo la paz del reino. El premio que se les asigna es que «serán llamados hijos de Dios». «Serán llamados» no significa solamente que se los llamará, en cierto sentido metafórico o conveniente, «hijos de Dios», sino que «ser llamado» significa ser reconocido por tal, ser en verdad, conforme al uso bíblico usual. ¿Cuándo «serán llamados» estos «pacificadores» «hijos de Dios»? Encuadrada esta bienaventuranza en un contexto escatológico, el premio que aquí se indica es en el cielo. «Serán llamados» es además, en este contexto, equivalente a las expresiones escatológicas del mismo «serán consolados» (v.5), «serán saciados» (v.6), «recibirán misericordia» (v.7). Es, pues, el premio en el cielo. ¿Qué relación hay entre esta beatificación y su premio? Dios aparece en la Escritura muchas veces descrito como Dios de paz. Esta especial relación de estos «pacificadores» con el Dios de paz hace que se formule literariamente esta relación o dependencia, al modo semita, con la palabra «hijo» (ben = hebreo; bar = arameo), por lo que se les llama como «hijos de Dios». Así se lee en Lc: «Los que fueron juzgados dignos de tener parte en aquel siglo (otro mundo) y en la resurrección de los muertos... son semejantes a los ángeles, e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección» (Lc 20,35.36).

En boca de Cristo, esta bienaventuranza promete la filiación divina participada a los hombres que así hayan trabajado en di-fundir entre los hombres la paz de su reino. También se percibe en esta bienaventuranza una enseñanza sobre el modo de establecer el reino. No con armas ni ruido de conquistas, sino actuando espiritualmente y difundiendo la paz del reino entre los hombres.

OCTAVA BIENAVENTURANZA

La bienaventuranza octava de Mt suele considerarse unida a la siguiente. Pero, por las razones antes alegadas, se la considera independiente de la bienaventuranza que Mt considera la última. Y hasta pudiera ser un índice de esta duplicidad de bienaventuranzas el que Lc trae la última de Mt, y no ésta. Y, por este motivo, resulta ser esta bienaventuranza octava propia de Mt: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». La comparación de esta bienaventuranza con la siguiente de Mt parece indicar la diversidad, literaria al menos, de las mismas. Conceptualmente, aunque coinciden fundamentalmente, tiene, sin embargo, su diferencia de matiz. Esta es más genérica que la siguiente. Pero la proximidad conceptual no es motivo de identificación. Otras se hallan también conceptualmente

próximas. Pero, literalmente al menos, están diferenciadas. Condamín pensó incluso si el premio asignado a ésta, que coincide con el premio asignado a la primera—«el reino de los cielos»—, no será un caso del procedimiento literario, hábilmente utilizado por Mt, de «inclusio semítica». De ser así, sería una contraprueba del valor diferencial de esta bienaventuranza de la última. A esto mismo lleva la formulación que tiene esta octava en tercera persona, y la novena en segunda persona. Son contextos distintos. Pero pensar que la expresión «por la justicia» sea una adición de Mt griego en orden a destacar el valor y actitud moral de ésta, como pretenden algunos autores, no es definitiva. Bien acusado queda también el valor moral de la siguiente, al beatificarse la persecución de Jesucristo «por mi causa» (Mt). Se ve bien que en otras bienaventuranzas, que transmite Mt, se destaque el valor moral que ellas tienen (V.3.4.6.7.8). En éstas se destaca el valor moral por razón de la actitud moral que ha de tener el sujeto que las practica. Pero en ésta el valor moral que como actitud ha de tener el que la practica, no se acusa por la expresión «por la justicia». Con esta expresión sólo se indica el motivo objetivo por el que se beatifica al sujeto que padece persecución por ella. Y, en este sentido, esta bienaventuranza en nada se distingue de la siguiente, en la que se beatifica a los que padecen persecución «por mí» o por «el Hijo del hombre». La «justicia» es la doctrina del reino. Cristo mandará en este mismo sermón del Monte buscar ante todo «el reino y su justicia». Se beatifica aquí a los que sufran «persecución»; dicho genéricamente, no excluiría ningún tipo de persecución. Pero el objetivo directo es la «justicia», el reino. Ante el dolor en la vida, ante los obstáculos de todo tipo que los seguidores de Cristo van a encontrar (y Cristo les profetiza persecuciones), de antemano les beatifica el dolor de la persecución por su causa. El dolor, que era considerado en la mentalidad de Israel como castigo, aparece sublimado al ser por causa de Cristo y de su justicia. El premio que les asigna es que «de ellos es el reino de los cielos». En la perspectiva escatológica de las bienaventuranzas, estos que así son beatificados, lo son porque, estando ya en el reino, sufren a causa de él. Pero les aguarda el premio definitivo, escatológico, del cielo.

NOVENA BIENAVENTURANZA (5,11.12) (LC 6,22.23)

Esta novena bienaventuranza es común a Mt y a Lc. Literaria-mente tienen sus coincidencias y diferencias: mientras Mt las pone en tercera persona, ésta, coincidiendo con Lc, la formula en segunda persona: «Bienaventurados seréis (vosotros)...» También tienen una notable coincidencia en el modo de formular la segunda parte de esta bienaventuranza en segunda persona, al exhortarlos al gozo por la persecución. Pero también tienen sus diferencias verbales.

Mt: «Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, siendo calumniados a causa de mí. Alegraos y exultad, porque grande es vuestro premio en los cielos. Pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros». El cuadro profético de esta bienaventuranza está trazado con elementos suficientemente descriptivos, con la diferencia que en Mt se traza un cuadro de tipo más genérico.

El motivo por el que son beatificados estos perseguidos es, no la injusticia humana bajo cualquier forma, sino precisamente «por causa de mí». Pero esto hace prorrumpir a Cristo en una invitación a éstos a la alegría y júbilo. En «aquel día» (Lc), que es el día en que reciban estas persecuciones e injurias por él, deben alegrarse, porque en el cielo les aguarda un premio «grande» en su hora escatológica. Este «premio» (mishthós) es una deuda que se les ha de pagar en justicia. Las obras buenas tienen un premio correspondiente, en justicia, a un mérito proporcionado.

Y, al obrar así los judíos contra los apóstoles y discípulos, no hacen otra cosa que obrar como obraron «sus padres» (Lc) contra los «profetas que hubo antes de vosotros» (Mt). En el evangelio, los discípulos son los sucesores de los profetas (Mt 23,34; 10,41; 13,17); ambos eran los transmisores de la palabra de Dios y los prepara-dores del reinado de Dios.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964)